

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS

SALUTACION Y RECITAL

DEL
EXCELENTISIMO SEÑOR DON ANDRES SEGOVIA

EN EL ACTO DE SU RECEPCION ACADEMICA Y

CONTESTACION

DEL
ILUSTRISIMO SEÑOR DON VALENTIN RUIZ AZNAR

EN LA SESION PUBLICA EXTRAORDINARIA DEL 6 DE JULIO



GRANADA

1970

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS

SALUTACION Y RECITAL

DEL
EXCELENTISIMO SEÑOR DON ANDRES SEGOVIA

EN EL ACTO DE SU RECEPCION ACADEMICA Y

CONTESTACION

DEL
ILUSTRISIMO SEÑOR DON VALENTIN RUIZ AZNAR

EN LA SESION PUBLICA EXTRAORDINARIA DEL 6 DE JULIO



GRANADA
1970

DISCURSOS. Editado e impreso en la imprenta del
Secretariado de Publicaciones de la Universidad de
Granada a expensas de la OBRA CULTURAL DE LA
CAJA DE AHORROS DE GRANADA. Un.Gr.
78-74-28. Dep.leg.Gr.236. 1974. *Printed in Spain.*

**SALUTACION Y RECITAL DEL
EXCELENTISIMO SEÑOR DON ANDRES SEGOVIA**

La "Salutación" de D. Andrés Segovia, no prevista en su día, ha hecho necesaria esta reimpresión que completa la edición anterior y da fe del desarrollo total del acto, aunque quede alterado el orden en que se produjo su intervención, para acomodarla a lo establecido en el protocolo académico.

ALTEZAS REALES,
MAGNIFICO RECTOR DE LA UNIVERSIDAD,
EXCMO. SR. CAPITAN GENERAL,
EXCMO. SR. GOBERNADOR CIVIL,
EXCMO. SR. ALCALDE,
EXCMOS. SRES. ACADEMICOS,
SEÑORAS,
SEÑORES:

Ante todo, deseo agradecer muy vivamente a SS. Altezas Reales, la Princesa Doña Sofía y el Principe D. Juan Carlos su asistencia a este, para mí, memorable acto. A todos nos alcanza el honor de sus presencias, pero a mí, singularmente. Sin merecerlo, soy el motivo de esta concentración de ilustres personalidades, a las cuales Sus Altezas han querido bondadosamente sumarse.

Deseo también dar las gracias al Ilmo. Sr. Deán por su generosa presentación. Viniendo de un espíritu tan docto en Música como en Teología y Humanidades, sus palabras tienen más peso y he de poner yo, en consecuencia, mayor volumen de agradecimiento en la balanza. Pido fervorosamente al Cielo que no le tomé en cuenta al Sr. Deán la bienintencionada exageración de los elogios que acaba de pronunciar en favor mío. *Amén.*

No quisiera retardar un momento más mi tentativa de evocar la figura del insigne académico para cuyo puesto he sido designado.

Sería impertinente por mi parte enumerar y subrayar los méritos profesionales de Don Fernando Wilhelmi Manzano. Carezco de la preparación adecuada para salir airoso de ese empeño. Pero quiero aludir a sus singulares cualidades humanas. Aunque pocas veces tuve el placer de su compañía, fue, sin embargo, lo bastante para advertir su fina sensibilidad, notar su disposición de ánimo, siempre afectuosa y comprensiva y, en fin, para percatarme de su magnánima tolerancia para culpas y faltas ajenas así como también su modesta opinión de sí mismo. Me siento realmente conmovido al ocupar el puesto que tan noble caballero ha dejado vacante.

El haber sido nombrado Académico de número de la Real Academia de Bellas Artes, Nuestra Señora de las Angustias, de Granada, es honra que me envancec sobremanera al mismo tiempo que me turba y azora. Los miembros que la componéis sois todos varones de probado saber y maestría y junto a vosotros soy hombre *senza lettere*, tan sólo artista militante, sin otra cultura que la recogida de tumultuosas y desordenadas lecturas, fuera de la disciplina universitaria.

Varios de entre vosotros me habéis oído decir, con referencia al aprendizaje de mi arte, que he sido casi siempre mi maestro y mi discípulo. Ya os imaginaréis, con qué ardiente incompetencia trataba tal maestro de satisfacer el hambre de conocer de tan pedigüeño discípulo. A decir verdad, después de cada lección, le quedaba al maestro bien escaso combustible para que, en su discípulo, siguiera ardiendo el fuego sagrado...

El galardón que me otorgáis nombrándome Académico es máspreciado para mí que los recibidos hasta ahora de otras Instituciones semejantes nacionales o extranjeras. Mi infancia doliente, ha corrido por calles, plazas y cármenes de esta hechicera ciudad. Mis ojos se abrieron aquí a la belleza de la Naturaleza y el Arte. Mi entonces dormida vocación musical estalló en llamaradas al oír por vez primera, durante unas fiestas del Corpus, a aquella orquesta que capitaneaba D. Tomás Bretón. En Granada celebré mi primer concierto, lo que quiere decir que partí del suelo granadino para emprender el peregrinaje artístico que aún sigo realizando, a mis 77 años cumplidos, por todo el mundo civilizado.

...Y cada vez que vuelvo a Granada, las autoridades y mis amigos de esta ciudad me acogen generosamente, me nombran hijo adoptivo, me conceden la Medalla de Oro de la provincia, rotulan con mi nombre una de sus nuevas calles y ahora, me ofrecen un puesto activo en el seno de esta prestigiosa Academia. Nadie puede sentirse más orgulloso y agradecido que yo.

La falta de tiempo y sobra de ajetreo y ocupaciones durante estos últimos meses me han impedido escribir las notas que prometí leer en esta ocasión acerca de las sorprendentes aventuras de nuestra españolísima guitarra. Sin embargo, cuando regrese a mi pintoresco rincón "puntamonero" dedicaré las mejores horas de mi descanso estival a trazar mis recuerdos, ideas y sentimientos relativos a mi larga y ancha carrera artística y remitiré una síntesis de ese trabajo al Excmo. Sr. Presidente de esta Academia.

Ahora sólo quiero repetir mi agradecimiento a Sus Altezas Reales por su condescendiente asistencia a este acto, así

como al Magnífico Rector de la Universidad por la generosa hospitalidad con que nos ha acogido y a sus Excelencias las autoridades civiles y militares presentes.

Finalmente, Sres. Académicos, recibid todos un fraternal abrazo del nuevo compañero y estad seguros de que participaré de modo activo en vuestros desvelos porque la sin par belleza de Granada y su vieja y varia cultura sean preservadas y si posible, superadas día a día. Gracias.

R E C I T A L

Dos piezas breves	<i>Luys de Narváez, 1953</i>
Cuatro minuets	<i>Sor</i>
Rondó	<i>1878-1879</i>
Serranilla, Elegía y Festiva	<i>F. Moreno Torroba</i>
Danza	<i>E. Granados</i>
Torre Bermeja	<i>I. Albéniz</i>

**CONTESTACION CON RECITAL DEL
ILUSTRISIMO SEÑOR DON VALENTIN RUIZ AZNAR**

A la guitarra de Andrés Segovia.

Soleá

V. RUIZ - AZNAR
(1952)

Allegretto

f > ¡Ay!

mf

15 - 51 14 - 41

mf (*poco meno*)

Se mu - rió la "ma - re"
Por ver a mi "ma - re"

f marc. *p*

(*un tempo*) (*poco meno*)

mi - a, se mu - rió
die - ra, por ver a

p *f marc.*

(in tempo)

la "ma - re" mi - a,
mi "ma - re" die - ra,

marc. e dolce

p

sonoro

f marc.

15-

51

14 - 41

f marc.

(poco meno)

ya no hay en el mun - do "ma - res"
un "de - i - yo" de la ma - no

p

¡ay! ¡ay!

"ma - re" la que yo
el que mag "fir - ta"

(in tempo)

te - ni - a.
me hi - cie - ra.

p

mf

dim. e rit.

Soleá para canto y piano. V. Ruiz Aznar

Solista. Dory Ferrer de Peinado

La mano sabía que su genio guía
hará brotar, en un ensueño de oro,
de Juan Sebastián Bach la melodía.

Salvador de Madariaga a Andrés Segovia

ALTEZAS REALES,
EXCMOS. SEÑORES,
SEÑORES ACADEMICOS,
SEÑORAS,
SEÑORES:

Cuentan las historias (y no digo la Historia por no prejuzgar lo que pueda haber en ello de leyenda pintoresca), que en una ocasión, aquel glorioso rey Felipe II, recibió un grupo de soldados de los famosos Tercios de Flandes. Al alabar sus hazañas, hizo resaltar sobremanera la heroicidad de aquellos capitanes que los habían conducido a tantas victorias. Y diz que uno de aquellos soldados, de retorcidos mostachos y no menos retorcido colmillo, tuvo la osadía de decir al rey: "Señor, pensemos qué harían nuestros valientes capitanes, a quienes admiramos, obedecemos y seguimos, si en ocasión de batalla, todos nosotros, pasivos, nos negáramos a pelear".

En efecto, señores, los soldados necesitaban jefes que los guíen, pero los jefes nada conseguirían, indudablemente, si no tuvieran soldados que ejecutaran sus órdenes.

Se me ha ocurrido traer a colación esta anécdota, porque, a veces, ante las obras del Genio, se nos ocurre, solamente, ponderar un nombre glorioso de autor; y a veces nos

olvidamos de un Genio-Autor cuando nos encontramos con un Intérprete Genial. Y estamos, señores, en este momento, ante uno de esos Intérpretes Geniales; nada menos que ante el mago de la guitarra, ante el que pudiéramos llamar, el moderno Patriarca de los virtuosos de tan dulce y profundo evocador instrumento; algo así como el fundador de una dinastía en la que, hoy, campean figuras de primera magnitud.

Y ese Patriarca y cabeza de dinastía, mago y rey de la guitarra es el genial intérprete, virtuoso y divo a la vez, el excelso Andrés Segovia.

Era yo poco más que niño todavía, por aquellos años de 1917-18, y musicando en la Universidad de Comillas bajo la sabia dirección del eminente compositor y director P. Nemesio Otaño, oí de sus labios —de labios de aquel gran artista incomprendido, quizá porque su grande personalidad vigorosa fue rebelde a todo encuadramiento— oí de sus labios, digo, las primeras alabanzas a esta figura excelsa de Andrés Segovia. Mi curiosidad de joven se despertó entonces, y con ella el ansia de conocer y escuchar al que el P. Otaño nos describía como un rey que había colocado la guitarra a la altura de su Trono. Quién me había de decir, en aquellos años, que, andando el tiempo no sólo satisfaría mis ansias de conocerle y escucharle, sino que había de ser encargado de exaltarle. Qué gloria para mí, señores, pero qué pérdida para él, por ser empresa muy superior a mis fuerzas presentarle, siquiera, en descoloridas paletadas, sin el relieve que a su figura corresponde. Aunque, a decir verdad, Andrés Segovia no necesita presentación. Sólo su nombre, y con él recibimos todos el impacto que evoca en nosotros el hechizo de nuestro dulce y profundo instrumento.

Y vuelvo al principio de mi discurso. ¿Qué sería de toda la estrategia de capitanes sin el concurso de sus soldados? ¿Qué sería de las creaciones de los Genios musicales sin los Genios-Intérpretes que nos ejecutaran sus obras? Ya, fray Luis de León, decía, ayer, ponderando al organista Salinas:

*El cielo se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.*

Fijémonos, señores, que fray Luis no habla al compositor, sino al intérprete, aquél que con sabia mano *governaba*. ¿No podría fray Luis, escuchando a Andrés Segovia, hablar de serenidad, de profundidad, de hermosura, de luz y sonido con que sus exquisitas manos, *gobiernan*, como nadie tal vez gobernó, pulsan, como tal vez nadie pulsó, nuestro dulce y profundo instrumento, nuestra guitarra? . Pulsar para dar a oír. Porque hay artes que descansan en la vista, y artes que se consuman en el oído. El arquitecto, el escultor, el pintor, hacen su creación artística y ésta queda ahí para que la vayan viendo otros artistas y no artistas, espíritus selectos y espíritus sencillos, sin intérpretes intermedios, aunque siempre sea muy estimable la explicación de un entendido. Creadas estas obras, no necesitan otra nueva recreación. El autor dramático crea no para la mera vista, sino para el oído. Su obra la toman los actores y la ponen en escena para que el público la vea y oiga a la vez. Pero aun en este arte escénico, el actor no es absolutamente necesario, pues, a fin de cuentas, muchas obras dramáticas no hemos llegado a verlas escenificar y nos ha tenido que bastar el saboreo de su lectura para conocerlas y gustarlas. Es suficiente saber leer y entender. Mas el arte musical descansa y se consume en el

oído, y sólo un técnico muy selecto puede, por mera lectura, saborear una partitura. De ahí la necesidad que la música tiene no sólo de un creador, sino de un re-creador que es el intérprete. Puede el mismo creador ser intérprete, pero solamente temporal, si la obra, por ser genial, ha de perdurar después de su muerte. Más aún, a veces no puede ser el autor su propio intérprete, cuando compone para conjuntos, sean orquestales, sean vocales; ni aun cuando compone para un solista, porque no se puede exigir al compositor que maneje cada instrumento como un virtuoso de todos y cada uno de los diversos recursos que al instrumento le son peculiares. Y he escogido de propósito la palabra *intérprete* y no la de *ejecutante*. Pues aunque es verdad que todo intérprete es, a la vez, ejecutante, no basta ser ejecutante para llegar a ser intérprete. El mero ejecutante es un técnico que toca, pulsa, canta una obra sin fallo, sin desafinación, sin falta. Pero el intérprete, a más de la técnica sin pecado, pone el alma, el sentimiento, hasta el amor; algo muy suyo, interno, que da un poco de creación, de color y aún de calor a la obra, que meramente ejecutada, podría ser muy limpia, sí, pero descolorida y fría. Es el caso de la pianola. Ejecutante e intérprete: el ejecutante *lanza* la obra pura; el intérprete la *dice*. Para decir una obra en la guitarra, señores, no bastan los dedos; hace falta el alma. Los dedos pueden *pulsar*, el alma los hace *cantar* pulsando. Una cosa es tocar —pura mecánica de los dedos— otra cosa es expresar —hálito del alma que se asoma y vuelca en la música—.

Y eso es, señores, lo que admiramos en Andrés Segovia, el consumado tañedor, cuya técnica depurada mueve los dedos, y el intérprete genial cuya alma hace vibrar la inspiración y asomar la emoción que en las obras se contiene. Allí está esa emoción “en potencia” y este preclaro artista la convierte

“en acto”. Es el alma la que se refleja a través y sobre la pulsación; es el espíritu sobreponiéndose y flotando por encima de la ejecución mecánica. Así asoma y flota y se hace sentir el alma de Andrés Segovia. Y, al hablar del alma, cabría preguntar: ¿Qué faceta es la más destacada en Andrés Segovia? ¿Es alma clásica, es romántica, es moderna, es trágica, es dulce? Yo diría que el alma de Andrés Segovia es universal; y por universal posee todas las facetas. A esto se debe la asimilación perfecta con que Andrés Segovia capta el espíritu de las más variadas composiciones. Todo el vario cosmopolitismo de la música cabe en su guitarra, que, como un arco iris, no séptuple sino mucho más policromático, nos puede dar todos los coloridos brillantes y todos los claroscuros y todos los contrastes de todos los geniales compositores. Y como en la Literatura sublime cabe desde el cuento hasta el poema, desde el epigrama hasta la tragedia, y el buen recitador traslada al público lo dulce y lo amargo, lo picante y lo sedante, la lágrima y la sonrisa, la seriedad y la alegría, de ese mismo modo la voz declamadora de la guitarra de Segovia nos mueve, al oírle, toda la gama de los afectos que su sabia mano arranca a las cuerdas. Porque él no es artista limitado; porque él no tiene que pedir a los compositores una obra especial, mediatizando (por decirlo así) la inspiración del compositor, sino que coge cualquiera de las obras, mejor, todas las obras, en que ellos volcaron, libremente, su inspiración, para moldearlas en su propia alma y hacernos sentir esa doble inspiración: la del genio creador y la del intérprete genial.

Meritorio, en grado sumo, Andrés Segovia, por el modo cómo interpreta y por el instrumento en que interpreta. Pudo (y a primera vista hubiera parecido más brillante) escoger el piano, el violín, el violoncello (parece que éste ejercía sobre él cierta

influencia). Pero fue más singular escoger la guitarra. Aquellos instrumentos ya por el concepto en que estaban, daban honor al intérprete. La guitarra recibía del intérprete ese honor; porque a la guitarra había que elevarla. Por dos conductos probables llega la guitarra hasta nosotros: por el greco-latino, derivada de las cítaras, y por el de los árabes, perfeccionamiento de la guitarra morisca, apenas tuvo hasta mediar el siglo XVIII otro empleo que aquel del que se dijo: "el encanto que tenía en manos femeninas" y aquel otro de "acompañar el canto a media voz". La guitarra, a mediados del XIX había descendido lamentablemente, dedicada a la ejecución de acompañamientos triviales u obras de poca importancia sin honda significación artística y muy principalmente a la música de danza con ritmos de tacón, palmadas y castañuelas, hasta que, en el último cuarto de ese siglo, vino a sacarla de ese marasmo el famoso Tárrega que, al hacer suya la escuela artística, casi perdida, de sus predecesores, la enriqueció con magníficas transcripciones de obras clásicas y con preciosas obras originales de artístico valor. Más tarde, los Albéniz, Granados y Falla, se inspiraron en su típica modalidad para producir Obras pianísticas y orquestales.

En este momento aparece el gran astro que recoge el instrumento que se iba incorporando, y lo levanta definitivamente a la elevada categoría de instrumento de concierto, en el que le hace ocupar el más encumbrado lugar.

Pero no cabe duda, que en esta carrera de conquista victoriosa de la guitarra, ha sido un verdadero Paladín, un Cid Campeador, una figura de gloria, el que hoy es recibido, oficialmente, como miembro de la Real Academia de Bellas Artes de Nuestra Señora de las Angustias de Granada.

Esta Real Academia, al honrarle a él, más que honrarle, recibe honra y gloria del que ya tanta ha dado a la Música con su guitarra, y ha paseado en triunfo por todo el mundo el nombre de España, el siempre admirado, aplaudido y laureado guitarrista Andrés Segovia.

Edición patrocinada por la
OBRA CULTURAL DE LA CAJA DE AHORROS DE GRANADA